

La hora de los muertos

Maricruz Bernal Carrillo

Ignacio salió furioso de la casa. Se paró a mitad de la calle lanzando golpes a la nada, pateando piedras y maldiciendo su suerte. Desde la ventana de la cocina su madre gritó:
— ¡Se te olvidaron las cubetas!

Ignacio fingió un ataque y cayó al piso. Permaneció tirado unos minutos como si de verdad hubiera perdido el sentido; después, resignado, contestó:

— Ya voy, ‘amá.

Don José era quien acarreaba el agua todas las noches, pero esa mañana había sufrido una caída que lo mantenía en cama, así que Ignacio, su hijo mayor, tendría que hacerlo por algunos días.

Fue a recoger las cubetas, todavía haciendo pantomimas de frustración, y se encaminó hacia la esquina, donde estaba la toma de agua pública. Encontró ahí un montón de tinas y palanganas, formadas junto a la llave, las pateó para hacerlas a un lado y puso sus cubetas. Abrió la llave. Nada. No había agua, solo aire anunciando que pronto llegaría el líquido. Así que, armándose de paciencia, volteó una de las tinas y se sentó a esperar.

Escuchaba el aire salir cada vez más potente, cuando un apagón repentino lo dejó sumido en la oscuridad. Como un resorte se levantó de su asiento y un fino escalofrió le recorrió la piel. A tientas, cerró la llave de agua, pues el ruido del aire lo ponía nervioso. Pasaban las doce de la noche y en la calle no se veía un alma, apenas un ligero resplandor de luces lejanas resaltaba los techos de las casas vecinas, que envueltas en un silencio absoluto, parecían fantasmales ruinas.

Un ruido lo sobresaltó. Miró desesperado para todos lados, pero no veía nada. Se quedó muy quieto, esperando, hasta que escuchó el sonido de nuevo. Era un arrastrar metálico, como de fierros, como las cadenas que arrastran las almas en pena. Al pensarlo, Ignacio brincó angustiado, los pies le temblaban, presentía que en cualquier momento se le aparecería un fantasma salido de la nada. El sonido seguía escuchándose, rítmico, pausado, arañando el piso.

— ¿Quién eres? ¿Qué quieres? — gritó Ignacio, apretando el cuerpo —.

El sonido se detuvo. Una risa sorda se oyó a la distancia. Ignacio estaba aterrado, no sabía lo que era, pero presentía que la muerte venía por él.

—Ya son las doce, las doce de la noche, la hora de los muertos —se repetía en silencio, mirando desesperado para todos lados—.

A la distancia, descubrió una sombra deforme, grotesca, que se desplazaba directo hacia él. Ignacio estaba paralizado por el miedo, incapaz de separar la vista de aquel espectro salido de la tumba que venía a su encuentro. Era una sombra robusta, jorobada, que caminaba inclinada hacia el frente, meneando el cuerpo; las manos flacas y retorcidas colgaban inertes, casi hasta el piso, además, una larga cola rasguñaba las baldosas con sus puntas de hierro.

Ignacio no podía controlar los temblores que le recorrían el cuerpo y, desesperado, gritó:

—¡No me asustas! ¡No te tengo miedo!

Una carcajada tenebrosa irrumpió en el silencio de la noche. Sin pensarlo, Ignacio agarró del suelo varias piedras y empezó a lanzarlas, desenfrenado, hacia la sombra tenebrosa, mientras gritaba un amplio repertorio de improperios en su contra.

El sonido de un grito ahogado le hizo detener su ataque. El fantasma se doblaba sobre sí mismo, emitiendo agonizantes quejidos. Ignacio estaba al borde del colapso, quería correr, pero su curiosidad por descubrir lo que era aquella visión lo mantenía con los pies rígidos, pegados a la tierra. Al recuperarse del golpe, la sombra avanzó decidida hacia Ignacio; se la oía bufar, acercándose cada vez más.

Ignacio, expectante, apretaba los puños para recibir la embestida de la sombra. Su respiración se confundía con la agitación del otro, con el sonido de los fierros, con su propio corazón. Cuando lo tuvo suficientemente cerca, le brincó encima sin contemplación, se aferró a su cuello gritando maldiciones como un loco. Se fundieron entonces las dos almas en una sincronía de golpes y escupitajos.

En ese momento las lámparas parpadearon y la luz regresó. Ignacio pudo ver por fin a su atacante: era Rogelio, el hijo de doña Gloria, que vivía dos cuadras más adelante y venía cargando su manguera para conectarla a la llave.

—¡Pero qué susto me has dado! Pensé que eras un muerto.